



**El gaitanismo y la sociología de las identidades políticas  
para pensar la historia colombiana.**

**Respuesta a la reseña “Jorge Eliécer Gaitán entre la identidad y la identificación” de  
César A. Ayala D. (*Identidades* 23, 151-161)**

Cristian Acosta Olaya

Por estos días se conmemoraron 75 años del asesinato del líder del Partido Liberal colombiano Jorge Eliécer Gaitán, en pleno centro de Bogotá. Hecho que, como es sabido, desde el 9 de abril de 1948 transformó la historia de Colombia, constituyendo al gaitanismo y a su líder en referencias ineludibles para entender el devenir político del país durante el siglo XX: su bipartidismo, la violencia política, la desigualdad social, el populismo, entre otras aristas más. Es indudable, además, que el asesinato de Gaitán y sus consecuencias en Colombia son constantemente referenciados en América Latina, convirtiéndose en ejemplo paradigmático para pensar las vicisitudes de la represión y el magnicidio en la región. Por ello, no sorprenden dos alusiones al respecto, formuladas de manera reciente en Argentina.

La primera de ellas proviene del libro *¿Qué es el peronismo?*, de Alejandro Grimson, quien hace un paralelismo entre el 17 de octubre de 1945 en Argentina y el 9 de abril de 1948, para sugerir que un desenlace represivo del –llamado posteriormente– “día de la lealtad” peronista hubiera podido desembocar en su país una “extensa guerra civil” como la que vivió Colombia por más de setenta años.<sup>1</sup> La segunda alusión, por otra parte, remite al magnicidio de Gaitán y las reminiscencias que produjo el intento de homicidio a Cristina Fernández de Kirchner, a principios de septiembre de 2022. Sobre estos hechos, el investigador rosarino Diego Mauro recordó los convulsionados días de abril de 1948 en Bogotá, genéricamente resumidos como el *Bogotazo*, para insinuar que el magnicidio de CKF hubiera podido generar un enfrentamiento similar al que vivió el país andino a mediados de la centuria pasada, luego de que se le ocluyera toda posibilidad de vivir una experiencia parecida a la peronista. De hecho, Mauro se refiere al gaitanismo como “el peronismo colombiano que no fue”.<sup>2</sup>

Como es evidente, ambos ejemplos vinculan directamente el final abrupto y trágico del gaitanismo con la profundización y prolongación del conflicto armado que hasta el día de hoy sigue cobrando la vida de cientos de colombianos. Sin embargo, se les podría reponer a los dos autores argentinos que el despliegue político

<sup>1</sup> Alejandro Grimson, *¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina*. Buenos Aires: Siglo XX, 2019, p. 65.

<sup>2</sup> Diego Mauro, “El peronismo colombiano que no fue”. 7 de septiembre de 2022. En línea: <https://revistazoom.com.ar/el-peronismo-colombiano-que-no-fue/>

del peronismo no ha estado también exento de violencia política: golpes de Estado, proscripciones, lucha armada, creación de grupos paramilitares de derecha, la “masacre de Ezeiza”, entre muchos otros acontecimientos, hicieron parte de los corolarios de y resistencias a la fuerza del peronismo. En todo caso, lo que nos interesa aquí de estas referencias al gaitanismo es que reenvían a un problema más general y, si se quiere, más de orden regional, a saber, el vínculo entre experiencias populistas y la violencia política en el siglo XX en América Latina.

Dicha vinculación es uno de los ejes centrales de mi libro *Un dique en aguas turbulentas. Identidades políticas, populismo y violencia en la Colombia de Jorge Eliécer Gaitán, 1928-1948* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2022), reseñado extensamente por el reconocido profesor e historiador colombiano César Augusto Ayala Diago en el número anterior de esta revista. Una excelente reseña que, sin dejar de ser sumamente generosa con el libro –al punto de invitar explícitamente al diálogo y la polémica conmigo–, marca algunos de sus puntos más problemáticos. Es gracias a esta invitación del profesor Ayala que quiero aprovechar este espacio para responder a varios de sus reparos, no sin antes aclarar que este ejercicio –muy “a modo de respuesta”– no busca tanto polemizar con el profesor colombiano sino, más bien, destacar las potencialidades y limitaciones del enfoque identitario en el que se inscribe mi estudio sobre el populismo en Colombia y que, para decirlo sin ambages, no resulta del todo convincente para Ayala.<sup>3</sup>

En efecto, la lectura crítica que Ayala Diago ofrece de *Un dique en aguas turbulentas...* parece tener como línea transversal una incomodidad particular con el enfoque que hemos denominado como “una sociología de las identidades políticas”, tomando –como es sabido– la definición y propuesta analítica elaborada por Gerardo Aboy Carlés, y discutida y profundizada por otros autores como Sebastián Barros, Julián Melo, Daniela Slipak, Nicolás Azzolini y Sebastián Giménez. De esta valoración infiere Ayala que existe una confusión de doble orden en mi texto: una teórica, que no distingue entre el proceso de identidad y el de identificación; y una de nivel historiográfico, a saber, el soslayamiento del poder del bipartidismo tradicional colombiano y su influencia y efecto de tracción sobre el gaitanismo. De allí que se desprenden, además, dos problemas analíticos importantes de mi investigación: primero, la cuestión del populismo como dique contra/frente a la violencia; y segundo, la cuestión de la disidencia para pensar el gaitanismo. Empecemos, pues, desgranando la argumentación de Ayala.

En primer lugar, la incomodidad de Ayala Diago con el enfoque identitario, o incluso con la definición misma de identidad política, y que denomina “abigarrada” y “demasiado genérica” (p. 152), es que podría –o, en todo caso, debería– ser aplicada también a los partidos tradicionales colombianos (el Conservador y el Liberal).<sup>4</sup> Al respecto, solo queda reafirmar la aseveración de Ayala: es innegable que

---

<sup>3</sup> Una acotación más, a riesgo de exagerar en prolegómenos: me resulta imposible empezar estas consideraciones sin agradecerle al profesor Ayala Diago por tomarse el trabajo de leer a profundidad mi libro. De su análisis directo y crítico, que no recurre a eufemismos, se desprenden también elogios para con *Un dique en aguas turbulentas...*, los cuales tomo con particular satisfacción y sobre los cuales, por supuesto, no haré referencia en este escrito.

<sup>4</sup> Me refiero a la ya clásica definición de identidad política brindada por Gerardo Aboy Carlés, quien la entiende como un conjunto de “prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido”, que establecen a través de un simultáneo proceso de “diferenciación externa y de homogeneización interna”

puede usarse dicha definición de identidad para pensar tanto el gaitanismo como para indagar en otras propuestas políticas en la Colombia de mediados de siglo XX. En este sentido, no creo que mi estudio del devenir de Gaitán sugiera que el gaitanismo fue “el único ejemplo de Identidad Política en los términos” (p. 153) teóricos que propongo en mi análisis. Es más: la definición de identidad política, al ser “abigarrada” y “genérica”, permite justamente el estudio de múltiples procesos identitarios en una formación política particular.

Ahora bien, la advertencia de Ayala Diago sobre la amplitud de la cuestión identitaria implica, sí, prestarle atención a una cuestión más de orden metodológico a la hora de operacionalizar dicho enfoque. Es decir: ¿es posible analizar una identidad política, en una escala espacio-temporal particular sin indagar sobre las solidaridades que la circundan?; o sea, ¿podemos analizar una identidad sin tener en cuenta las otras identidades que la confrontan, la contaminan y frente a las cuales se reafirma? Nuestra respuesta, claramente, es que no. De hecho, como agrega el propio Aboy Carlés tras definir las, toda identidad política “se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia”.<sup>5</sup> Es cierto que esta acotación, además de ser ignorada con frecuencia, logra matizar la crítica esbozada por Ayala Diago sobre la necesidad de pensar las identidades en sus entrecruzamientos, hibridaciones y movimientos. Pero no es menos cierto, también, que pensar en términos de matriz identitaria se convierte en un reto analítico que resumo de la siguiente manera: a la hora de estudiar, por ejemplo, el gaitanismo, ¿no nos vemos impelidos a estudiar con la misma rigurosidad las demás identidades de la formación política colombiana de su época?; y de ser afirmativa la respuesta al anterior interrogante, ¿no implica esto que el recorte o la indagación acerca de una identidad particular corre el riesgo de dejar –por así decirlo– afuera un todo más complejo y enrevesado de tramas solidarias?

Lejos de ofrecer una respuesta contundente a estos interrogantes, asumo las consecuencias de salvedades que puede generar mi trabajo, pues al tomar un objeto de estudio (en mi caso, el gaitanismo, pero también se podría recordar el trabajo de James Henderson sobre Laureano Gómez o el del propio Ayala Diago sobre el alzatismo),<sup>6</sup> se toma una decisión de tipo analítica, que no es otra que recortar una parte del entramado de identidades, inserta en una matriz política puntual. Por ende, el estudio del devenir de Gaitán y los gaitanistas que realicé en *Un dique en aguas turbulentas...* no supone que esta es la única identidad *in town* –como si un análisis profundo del gaitanismo o de cualquier otra identidad significara soslayar la emergencia y disputa política con otras–. Antes bien, simplemente privilegia un caso sociohistórico sobre los demás, permitiendo revisar la operatividad de la definición

---

solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, “orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos”: Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina. la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens, 2001, p. 54.

<sup>5</sup> Aboy Carlés, *Las dos fronteras*, p. 54.

<sup>6</sup> Me refiero a los trabajos de James D. Henderson, *Las ideas de Laureano Gómez*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1985, y de César Augusto Ayala Diago, *Inventando al Mariscal. Gilberto Alzate Avendaño, circularidad ideológica y mimesis política*. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Alcaldía de Bogotá, Gobernación de Caldas-U. Nacional, 2010.

de identidad política para pensar la construcción de solidaridades en torno a –en este caso– el líder del gaitanismo.

Asimismo, Ayala Diago considera que, para referirse al gaitanismo y a Gaitán puntualmente, no debería hablarse de identidad sino, en todo caso, de identificación, entendida como sinónimo de “enamoramiento [...] entre líder y masas” (p. 158). Al respecto solo cabe decir que son múltiples los trabajos que consideran mejor referirse a las identificaciones que a las identidades, pero no para volver a las reflexiones de Freud sobre el lazo libidinal de las masas y un líder, sino para pensar la constitución de solidaridades como un proceso constante. Esta crítica, cuya huella inicial podemos encontrar en Stuart Hall,<sup>7</sup> no busca inscribirse en el salto de la clínica psicoanalítica al análisis de fenómenos sociopolíticos sino en una reflexión que apunta a entender la identidad como un proceso cuya constitución no es definitiva ni estable.<sup>8</sup>

Ahora, es importante destacar que gran parte de la reseña de Ayala Diago está abocada a discutir el primer capítulo de mi libro, donde indago sobre un momento puntual de la carrera de Gaitán, y que es cuando este crea junto a otros líderes políticos la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR), experiencia fugaz que emerge en 1933 y termina abruptamente en 1935, y que el propio Ayala ha estudiado ya a profundidad. Sobre el tema, el historiador considera errónea mi lectura sobre la experiencia unirista-porque no me aboqué a caracterizarla como una disidencia y sí, en cambio, a pensarla en su labilidad identitaria, en especial a la hora de impugnar al Partido Liberal. Para Ayala, entonces, hablar de disidencia nos permite inscribir al unirismo en una serie de experiencias que, en la historia colombiana, especialmente dentro del liberalismo, sirvieron para disputar poder y, por defecto, revitalizar este partido político tradicional.<sup>9</sup>

Esta lectura, empero, asume un presupuesto que cuestiono en el mencionado capítulo y que Ayala refuerza con sus críticas. En efecto, el historiador colombiano supone que una disidencia es creada, pensada y, finalmente, desintegrada como estrategia política de un líder político particular. En nuestro caso, es claro para Ayala que Gaitán había creado la UNIR solo para tensionar su partido y salir con más rédito político de la experiencia de la República Liberal (1930-1946). De hecho, cuestiona mi rechazo a hablar de estrategia, en especial cuando es empleado por los analistas para suponer dotes de clarividencia en un líder político, reduciendo así el rol de la contingencia en las acciones emprendidas por dicho líder. De tal presupuesto, el problema que emerge –para mí– es doble. Por un lado, cuando Ayala sugiere que hablar de estrategia debería privilegiar dicha clarividencia y astucia del líder político, no deja de darle preeminencia –dicho en términos maquiavelianos– a la *virtú* sobre la fortuna. Por el otro, y relacionando lo anterior con nuestro caso, me resulta inconcebible que, en nuestro rol de investigadores en ciencias sociales, podamos decir cuál era la *verdadera* intención de Gaitán al crear la

<sup>7</sup> Me refiero a su texto “¿Quién necesita ‘identidad’?”, en: *Cuestiones de identidad cultural*, coordinado por Stuart Hall y Paul Du Gay, 2003, pp. 13-39.

<sup>8</sup> Para una profundización acerca de la identificación, ver el reciente texto de Sebastián Barros, “El análisis de identificaciones políticas. El peronismo en la Convención Constituyente de Chubut de 1957”. *Revista SAAP* 15 (2), pp. 421-447.

<sup>9</sup> Ayala, César Augusto. “La UNIR: entre Gaitán y los gaitanistas”. En: *La división creadora: influjo de las disidencias en el Liberalismo colombiano*, editado por Rodrigo Llano Isaza, pp. 135-152. Bogotá: Academia Liberal de Historia, 2005.

experiencia unirista. En este sentido, cuando prefiero entender la estrategia como una reconstrucción retroactiva de los acontecimientos no estoy quitándole agencia a Gaitán. Antes bien, estoy reconociendo que definir el curso de acción de este líder político es precisamente eso: una reconstrucción “con el periódico del lunes”. Para decirlo en otras palabras: darle entidad a la contingencia significa descartar el fatalismo historiográfico que aparece constantemente a la hora de pensar la carrera política de Gaitán y de sus seguidores; lo que implica reconocer que, si bien de la UNIR resultó un Partido Liberal más fuerte y un líder político de mayor envergadura, las cosas hubieran podido ser completamente distintas.

Dicho esto, me parece importante ahora destacar la cuestión de la disidencia y sus implicaciones a la hora de tratar el gaitanismo. Ayala Diago insiste en que los gaitanistas a mediados de la década de 1940 no se consideraban disidentes y que esto es un problema. Por supuesto que no se pensaban como tal, básicamente porque la emergencia de una disidencia tiende a justificarse apelando a representar o enarbolar una verdadera tradición, mancillada por una autoridad que ha devenido ilegítima, por traicionar –se supone– los auténticos valores.<sup>10</sup> Que “disidencia” sea un concepto nativo y que, en muchos casos, pretenda descalificar ciertas iniciativas políticas, no significa que no pueda ser pensado también como una categoría de análisis para auscultar experiencias históricas concretas. De tal manera, el análisis que emprendí sobre la identidad gaitanista entre 1944 y 1946 redundaba en una indagación sobre la capacidad heurística de la idea misma de disidencia. La misma queda en evidencia, a mi modo de ver, en las tensiones del gaitanismo frente al partido político del que emerge, y al cual, pese a sus disputas, asevera representar auténticamente.

De igual manera, muchas de las críticas que Ayala Diago hace a mi libro parecen reenviar a una cuestión no menor: el populismo. Por un lado, expresa resignado que es difícil salir bien librado de tomar al populismo como objeto de análisis.<sup>11</sup> Por el otro, rescata que *Un dique en aguas turbulentas...* ponga en cuestión la vinculación “bastante trillada” entre populismo y violencia, aunque considera que en esta reflexión no hay “nada nuevo” (p. 155). Lo último es cierto: no es novedoso el cuestionamiento a la relación directa entre experiencias populistas y violencia política. Ahora bien, el pequeño aporte que busca ofrecer mi trabajo sobre este tópico es el de repensar aquella relación sin que esto signifique que el populismo es un “bombero social” o para destacar “su utilidad y conveniencia para las democracias”, como lo afirma Ayala (Ibid.). Puesto en otros términos: cuestionar la relación entre populismo y violencia política tomando como base la experiencia gaitanista sirve para dar cuenta que el primero no “frena” a la segunda sino que, en todo caso, *el populismo modula la violencia*. Es por esto que me es tan cara la figura del dique: porque remite a una gestión particular de la violencia, que no la erradica ni tampoco la interrumpe, sino que la tensiona y evita su despliegue sin más. La recurrente

---

<sup>10</sup> Algunos avances en la reflexión sobre la disidencia se pueden encontrar en los trabajos más recientes de Daniela Slipak sobre Montoneros en Argentina. También he esbozado algunas ideas sobre el potencial analítico del término disidencia en el artículo “Máscaras falsas, identidades verdaderas. Breves reflexiones sobre disidencia y alteridad”, *Revista Argentina de Ciencia Política* 28 (1), pp. 251-266.

<sup>11</sup> Una obra ineludible para pensar la cuestión del populismo en Colombia es justamente el trabajo del profesor Ayala Diago, *La explosión del populismo en Colombia. Anapo y su participación política durante el Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

amenaza de Gaitán y sus seguidores a la “legítima defensa” contra los conservadores, especialmente entre 1946 y 1948, es muy dicente al respecto.

Ayala, igualmente, es explícito al considerar que mi definición de violencia política, entendida como eliminación física de la alteridad, es “castrada” y “castrante” (p. 153). Si bien algo de razón tiene el historiador colombiano al considerar que “la violencia política no se agota allí”, me parece problemático encontrar también dicha violencia en todas partes. ¿Por qué rehusarnos a tomar decisiones “castrantes” en aras de hacer operativo un concepto?; ¿el ejercicio de teorización no supone también realizar un recorte analítico para hacer inteligible nuestro objeto de estudio?

En todo caso, mi trabajo no pretende replicar una lectura celebratoria, pero tampoco se inscribe en las múltiples indagaciones denigratorias sobre el gaitanismo. Y creo que esto no es menor para pensar fenómenos políticos colombianos, más aún en la coyuntura actual. Si bien el panorama político actual de Colombia parece –muy tímidamente– menos aciago que antes, habilitando distintas discusiones antes prohibidas sobre la historia y la política del país, no es menos cierto que el debate sobre Gaitán sigue siendo recurrente y parece no tener fin. Solo agrego un último ejemplo: el nombramiento por parte de Gustavo Petro de María Gaitán Valencia (nieta del “caudillo” liberal) como directora del Centro Nacional de Memoria Histórica, con sus declaraciones sobre el “memoricidio” que ha sufrido el gaitanismo en las recientes décadas y sus recurrentes referencias al “genocidio” de gaitanistas como el punto cero del conflicto armado colombiano,<sup>12</sup> dan muestra de que todavía el significativo “Gaitán” sigue teniendo su propio peso para la política colombiana.

Por eso, quizás, continuar la discusión sobre el gaitanismo, dejando de lado tanto la celebración de quienes reivindican su linaje, como también la lapidación del “mito Gaitán” que viene tomando fuerza hace pocos años,<sup>13</sup> permita avanzar en un debate teórico, analíticamente sugestivo y de largo aliento sobre la historia colombiana que nos habilite a repensar el entramado de sentidos que ubica a Colombia como contraejemplo del populismo exitoso y, en últimas, como el país de referencia obligada a la hora de hablar de violencias, represiones y magnicidios.

---

<sup>12</sup> Dichos en la entrevista que le realizó María Jimena Duzán a María Gaitán en su programa “A fondo”. En línea: <https://twitter.com/MJDuzan/status/1627838262986301440?s=20>

<sup>13</sup> Por ejemplo, la socióloga colombiana Olga López viene insistiendo en la necesidad ir “más allá del mito Gaitán” y en caracterizar a dicho líder y al gaitanismo mismo –no sin antes incurrir en múltiples anacronismos– como un movimiento abiertamente “racista”. Ver: <https://www.lasillavacia.com/lasilla-vacia/opinion/articulos-columna/más-allá-del-mito-gaitán/>, publicado el 25 de febrero de 2023.